

La década de los ochenta fue buena para la fotografía, pero no para los fotógrafos. Lo más suave era ganarse un lumazo en las costillas, un guanacazo en la espalda, un zorrillazo en la cara. Lo más duro fue la muerte, quemado vivo, de Rodrigo Rojas Denegri. Fueron años en los que profesionales como Luis Navarro, quien tomó las fotografías de los hornos de Lonquén, estuvo desaparecido cinco días. Y en los que las "imágenes de cualquier naturaleza" fueron prohibidas, en algunos medios, por bando de la Zona de Emergencia el año 84, transformando a los fotógrafos en traficantes de una mercancía ilegal.

Era un oficio peligroso, y en esos años Hoppe ya andaba sacando fotos. El 85 terminó en la Posta 4 tras ser interceptado por dos civiles en una liebre, camino a su casa. Lo primero a que atinó fue a velar el rollo. Una foto, en esos días, podía tener muchos usos.

Han pasado casi dos décadas y Hoppe, Álvaro, viste de chaqueta. Una sencilla. Otra era la imagen de él, junto a su hermano Alejandro, en la mitad de las protestas. Era más aguerrida y la ocasión lo exigía así. Ambos son fotógrafos, y lo singular en esto es que hay semejanzas en su estilo, por lo menos al momento de acercarse a algo: son cautelosos, tienen a agacharse ligeramente y, por exigencia del lente que más usan, el gran angular, se acercan en extremo. Después de la toma se repliegan. Como en cámara lenta.

Ambos se han replegado hoy, también, respecto a esos años. Hoy Alejandro es el fotógrafo del presidente Ricardo Lagos y anda con ganas de hacer un libro de sus propias fotos. De seguro porque su hermano Álvaro se le adelantó al publicar "El ojo en la historia".

### Hasta Aylwin

Es un lugar común, pero todo fotógrafo sueña con dos cosas: publicar un libro y ordenar su archivo de negativos. Es entonces que aparece Gonzalo Leiva. Este profesor, licenciado en estética, doctorado en París, es uno de los más porfiados defensores del patrimonio fotográfico chileno. Juntos, Hoppe y Leiva, fueron revisando materiales que se remontaban a la revista Apsi, a todo lo que este fotógrafo autodidacta fue registrando desde fines de los setenta. Cuatro grandes compartimentos estancos dividen las imágenes escogidas en ciudad, personajes, compromiso y plebiscito. Aylwin marca el final de esta selección, la que gracias al Fondart se convirtió en un libro de casi 150 páginas.

"Hay necesidad de libros de autor", dice Leiva, "y de reconstruir la historia de la fotografía en Chile". La palabra que Leiva usa es "acopio" y no hay otra mejor. Porque "ésta es una historia marginal", insiste, en la que aparecen sujetos y grupos como la AFI (Asociación de fotógrafos independientes), organización que no sólo reunió a importantes fotógrafos de los ochenta, entre ellos Hoppe, sino que también sirvió como epicentro de una serie de exposiciones y como una mutua protección de las espaldas.

Pero volviendo al libro, por un lado están los textos de Leiva y uno del periodista Marcelo Mendoza, y por el otro las fotos. Bajo el título de "El ojo en la historia" ("regalado por el poeta Manuel Silva Acevedo, una persona muy generosa", puntualiza Hoppe) se va haciendo presente el "cuento" del autor, quien tenía presente que "debía armar un cuento



FUNERALES DEL PADRE ANDRÉ JARLAN.— Pobladores cruzando por el paso bajo nivel de la calle Bandera. 1985.



NICANOR PARRA.— En la Escuela de Ingeniería de la Chile.



LAS YEGUAS DEL APOCALIPSIS.— En el auto, Francisco Casas y Pedro Lemebel.

EL OJO EN LA HISTORIA | Álvaro Hoppe:

# Un cuento para atrás

"Tu cuento es la mirada", le dijo hace años la fotógrafa norteamericana Susan Meiselas al fotógrafo chileno Álvaro Hoppe. Finalmente, Hoppe se animó a contar como él sabe hacerlo: las palabras las puso otro; lo de él fue sin palabras.



JORGE TEILLIER.— El desaparecido poeta lárco en las afueras del bar "La Unión Chica", en calle Nueva York.

para atrás". Así aparecen personajes de Santiago: un grupo de mozos absolutamente parqueados, los adocenados pasajeros de una micro, un par de viejos que bromean dándose —casi— un beso y también un señor tiznado que fue minero. "Y esa vez sentí que los fotógrafos son como los mineros, comenta Hoppe, un oficio en vías de extinción".

El mundo según Hoppe no muestra a Aylwin, sino su espalda ("¿sabes que hay algunos políticos que me preguntan por qué no aparecen ellos en las fotos?") o a los obreros de la construcción que le gritan a su paso. También figuran en este álbum familiar el dúo performancista "Las yeguas del Apocalipsis", vestidos de gala "en un auto que era de Viera-Gallo y en una pose que para mí era como un matrimo-

nio". Rostros como el de Sergio Campos, Willy Semler, Ramón Griferro, antes del paso de la historia. También Nemesio Antúnez con una bandera chilena en forma de corazón ("yo le dije 'trámeme lo que más te gusta de Chile', porque venía llegando al país, y se puso eso en el pecho"). También está Nicanor Parra en la Escuela de Ingeniería, escribiendo en la pizarra "VUELTA A LA DEMOCRACIA PARA QUÉ ¿para que se repita la película? NO". Y Jorge Teillier en las afueras del bar La Unión, "lo más digno", además de Andrés Pérez, "como un guerrero". Otras fotos son de un grupo de niños en La Victoria bañándose con el agua de un grifo ("como no tenía vacaciones, era mi manera de tenerlas visualmente"), una columna de personas en el funeral del padre Jarlan y la imagen

borrosa de quienes huyen durante el entierro de Pedro Mariqueo, un estudiante de 15 años baleado en Lo Hermida.

Días después Hoppe visitó a la familia Mariqueo. Fue a entregarles esa foto.

### Tras la epopeya

Pero Hoppe está preocupado hoy de hacer otra entrega: llevar un libro al doctor de la Posta 4, porque evitó hace 17 años —diciendo "aquí el responsable soy yo"— que se lo llevarán de allí a otra parte. También está viendo dónde se venderá su libro (se puede encontrar en la librería Ulises, Andrés de Fuenzalida 48, y en Fototeknik, Diagonal Paraguay 407). Pero no es lo único. Una de sus fotos se encuentra asociada a un texto de

Fernando Cuadra en la muestra "Literarte III", a inaugurarse el 3 de septiembre en la galería Artespacio. También algunas de sus imágenes van entre las páginas del recientemente lanzado "El zanjón de la Aguada", de Pedro Lemebel. Hay un largo listado histórico de exposiciones y publicaciones (tanto en Chile como en el extranjero) donde se incluyen sus trabajos, pero la mayoría de ellos son registros de su época pre-Aylwin.

Entonces surge una pregunta: ¿cómo fue la vida antes que saliera Aylwin? "Yo no vendí ni una foto ni me hice rico. La verdad es que fui muy ingenuo. Para mí era importante ser testigo. Era un compromiso conmigo. Los fotógrafos nos sentimos orgullosos de lo que hicimos. Lo que sí creo es que los políticos de entonces utilizaron a la fotografía y luego la dejaron".

Otra pregunta, entonces: ¿qué pasó contigo después del cambio de escenario político? "Seguí con lo mío. Con otros fotógrafos (Javier Godoy, Héctor López y Claudio Pérez) realizamos el proyecto "El artificio del lente", que se expuso el 2000 en el Museo de arte contemporáneo". Hay más preguntas, pero Hoppe recuerda que un texto de Cynthia Rimsky, escrito para esa exposición, sirve de respuesta para varias de ellas.

En la página 13 del catálogo, Rimsky escribe sobre los expositores, sujetos que en los años ochenta "construían con sus cámaras el imaginario de una epopeya, desde un lugar no oficial, pero lleno de sentido". Unas líneas más adelante los sitúa años después, ahora: "Imagino a los cuatro fotógrafos, con sus cámaras al hombro, ante las ruinas de la epopeya que ellos mismos contribuyeron a narrar, con la incomodidad de quien no encuentra un lugar desde donde mirar. Como sobrevivientes de un desastre —no nuclear, sino ético— que salen a la superficie por primera vez".

Como Hoppe, uno de ellos.



### FICHA

GONZALO LEIVA  
"Álvaro Hoppe. El ojo en la historia"  
Colección Imaginarios. Chile. 2003.  
146 páginas.